

# **LA HISTORIOGRAFÍA VETERINARIA EN ESPAÑA (HASTA SANZ EGAÑA)**

Dr. Miguel Ángel Vives Vallés

Academia de Ciencias Veterinarias de Extremadura.

Cáceres, 16 de diciembre de 2003.

# LA HISTORIOGRAFÍA VETERINARIA EN ESPAÑA (hasta Sanz Egaña)

## Introducción

Planteamos un tema, a nuestro entender poco estudiado, acerca de quiénes y cómo han escrito sobre la Historia de la Veterinaria en nuestro país. Para ello hemos tenido que superar una serie de problemas que han ido desde la propia significación del término historiografía hasta la comparación de la historiografía veterinaria con la historiografía de otras disciplinas, para tratar de descubrir analogías y desviaciones si las hubiese. De esta forma, hemos planteado nuestro trabajo según un esquema general que nos permitiese avanzar, lenta pero firmemente, y al que nos ceñiremos una vez descrito.

## ¿Qué es y qué no es la Historiografía?

Si bien, a priori, esta cuestión podría parecer baladí, es lo cierto que, en nuestra opinión al menos, no está por completo aclarado lo que significa el concepto de historiografía para unos y otros, ya que, como veremos, podemos encontrar variaciones según autores, escuelas y tendencias.

Pero vayamos por partes.

Parece lo más razonable acudir al supuesto mayor defensor de entuertos, que no sería otro que el Diccionario de la R.A.E.<sup>1</sup>, el que al respecto nos indica que la historiografía es:

“El arte de escribir la historia”

“Estudio bibliográfico y crítico de los escritos de historia y sus fuentes; y de los autores que han tratado de estas materias”

“Conjunto de obras o estudios de carácter histórico”

Como se puede apreciar fácilmente, el diccionario de la Real Academia Española aporta para una misma palabra muchas y muy diversas definiciones, lo que sin duda induce a confusión.

De esta forma, si nos acercamos a otros autores, veremos cómo los conceptos cambian, y así, Aróstegui<sup>2</sup>, en un espléndido trabajo, describe la historiografía como la tarea de investigación y escritura de la historia. Actividad y producto de la actividad de los historiadores, o bien producción escrita acerca de temas históricos.

Reconoce Aróstegui<sup>3</sup> el problema que incluso semánticamente plantea la palabra historia, cuyo original significado en lengua griega no era otro que el de “investigación”, pero que a lo largo del tiempo ha tenido también el significado conocido de que la historia no era más que un discurso normalizado producido por la misma.

De esta forma, la historia se referiría a la “realidad histórica” y la historiografía a la “investigación y escritura de la historia”. Y todo ello sin dejar de darle vueltas al asunto, ya que muchos autores siguen intentando desvelar su contenido que, según distintas

---

<sup>1</sup> Real Academia Española. Diccionario de la Lengua Española, 22ª ed. Espasa Calpe, Madrid, 2001.

<sup>2</sup> Aróstegui, J. La investigación histórica: teoría y método, Crítica, Barcelona, 1995, pp. 22-24.

<sup>3</sup> *Ibíd.*

opiniones, puede ir desde los escritos a que se refieren los historiadores (Walsh)<sup>4</sup>, simplemente, hasta el análisis social desde la dimensión de la historia<sup>5</sup>, pasando por las últimas teorías deconstructivistas para quienes la única significación de la historiografía, como toda exploración cultural, no sería otra que la pura interpretación en lugar de la realidad objetiva, nada menos<sup>6</sup>.

En todo caso, sí podemos encontrar cambios significativos en la forma de entender la historia desde los griegos y romanos hasta prácticamente el siglo XIX, cuando se deja de considerar la historia como una crónica basada únicamente en los testimonios dejados por quienes nos precedieron<sup>7</sup>, si bien sigue desgraciadamente muy viva la vieja tradición de la “cronística”, aferrada a la simple descripción narrativa, y olvidadiza, tanto del carácter investigador imprescindible, como del necesario respaldo metodológico que requiere, ya que como Aróstegui bien dice<sup>8</sup>, “Escribir la historia no es, en modo alguno, transcribir lo que las fuentes existentes dicen.... En ese sentido toda fuente ha de ser construida”.

Por todo ello es preciso saber lo que la historiografía no es. Y no es, entre otras cosas, la historia de los modos de investigar y escribir la historia (ya que ésta sería la historia de la historiografía) o bien la reflexión metodológica sobre la investigación de la historia<sup>9</sup>.

Nos quedaremos, pues, con el concepto de historiografía basado en la producción escrita acerca de temas históricos, en este caso sobre veterinaria, pero prestando atención a la última consideración que nos brinda Aróstegui<sup>10</sup> y que transcribimos por su interés aclaratorio:

“El objeto de la historiografía, o sea, aquello que el historiador busca con su actividad, es una cuestión discutida. No está dilucidado si la historia es cosa de los individuos o las colectividades, de los líderes o de las masas; en suma quién hace la historia, y menos aún lo está qué se debe contar de ella. Por ello la dificultad en concretar “el objeto” de la historia”.

## **La historiografía a lo largo del tiempo**

Como hemos adelantado antes, típicamente la historia se ha escrito basándose en las crónicas o testimonios dejados por nuestros antecesores. Pero es bien cierto que tradicionalmente ha habido intentos por recopilar los conocimientos adquiridos, así como sus generadores.

Centrándonos especialmente en lo que se refiere a la historia de las ciencias, a lo largo del tiempo ha habido diferentes formas de escribir lo ocurrido en las determinadas ramas del conocimiento.

---

<sup>4</sup> Citado en 2, p. 24.

<sup>5</sup> Op. cit. 2, pp. 30-31.

<sup>6</sup> Op. cit. 2, p. 138.

<sup>7</sup> Op. cit. 2, p. 97.

<sup>8</sup> Op. cit. 2, p. 54.

<sup>9</sup> Op. cit. 2, pp. 23-24.

<sup>10</sup> Op. cit. 2, p. 191.

Así, tenemos noticia<sup>11</sup> de que ya en el s. IV a. de C., Eudemo escribió una historia de la astronomía y quizás otra de las matemáticas. Si bien no hemos tenido ocasión de conocer y analizar su obra.

También sabemos que Calímaco, bibliotecario de la biblioteca de Alejandría en el s. III a. de C., escribió “Tablas de los que destacaron en todas las ramas del saber”<sup>12</sup>.

Y sucesivamente podemos recoger diferentes datos al respecto<sup>13</sup>, como el de Proclo (ca. 420-485), quien elaboró un estudio histórico centrado en las matemáticas de Euclides; o Simplicio (ca. 540), quien realizó un estudio acerca de las ideas sobre la naturaleza de los antiguos filósofos.

Es muy destacable, por tocarnos muy cerca, el trabajo de San Isidoro de Sevilla denominado “De viris illustribus” (hombres ilustres), escrito hacia el año 615, y que incluye datos diversos de cada persona como<sup>14</sup>:

- nombre
- dignidad eclesiástica
- lugar de ejercicio
- obras publicadas
- valoración que hacen sobre dicha persona otros autores
- datos cronológicos

Se trata de un tipo de libro basado en otra forma de hacer las cosas, lo que denominamos biobibliografía, en la cual se dan algunos datos sobre el autor (biografía), además de los referidos a sus escritos (bibliografía).

De esta forma se van introduciendo datos que trascienden la mera descripción del libro, inicialmente útil para el control y custodia del libro, que se enriquecería posteriormente con su descripción.

Cabe decir que la obra de San Isidoro “De viris illustribus” no es enteramente original, ya que se reconoce inspirada en los libros similares de San Jerónimo y Genadio de Marsella, ambos del s. V. E inmediatamente le seguiría otro “De viris illustribus” de San Ildefonso de Toledo (607-667)<sup>15</sup>.

De igual modo, la importancia capital de San Isidoro se pone de manifiesto con las “Etimologías”, donde se modifica un modo de hacer las cosas ya que se citan hasta 160 autores anteriores, incluyendo los historiadores latinos tradicionales (Varrón, Suetonio, etc.), y resulta curioso comprobar cómo el libro VI contiene a modo de ejemplo<sup>16</sup>:

- De las bibliotecas
- De quienes introdujeron los primeros libros en Roma
- Quienes entre nosotros fundaron bibliotecas
- Quienes mucho escribieron

---

<sup>11</sup> Barona, J.L. Ciencia e historia. Debates y tendencias en la historiografía de la ciencia. Seminari d'estudis sobre la ciència. Valencia, 1994, p. 79.

<sup>12</sup> Fernández, J. Historia de la bibliografía en España. Compañía literaria. Madrid, 1994.

<sup>13</sup> Op. cit. 11.

<sup>14</sup> Op. cit. 12.

<sup>15</sup> Ibíd.

<sup>16</sup> Ibíd.

Esta tradición de la biobibliografía seguiría en el islam medieval<sup>17</sup>, como por ejemplo la obra de Alfaradí de Córdoba (962-1013) “Historia de los hombres doctos andaluces”<sup>18</sup>.

A partir del s. XVI las bibliografías no sólo se utilizan para controlar los libros, misión importantísima en un siglo en el que la anterior eclosión de la imprenta (Guttenberg, 1440) multiplica geoméricamente el número y variedad de los libros. En este caso, las bibliografías sirven para anunciar los libros publicados por los editores y para distribución e intercambio.

De esta forma, a partir de un incesante crecimiento en el número y variedad de los libros publicados, comienzan a surgir las primeras bibliografías especiales<sup>19</sup>, como pueden ser:

- Medicina: S. Champier, Lyon, 1506, “De medicina claris scriptoribus”.
- Derecho: Giovanni Nevizzano, Lyon, 1522. Que tres años después, sería aumentada y corregida por Luis Gómez, español de Orihuela, catedrático de derecho en Padua.

Del mismo modo, en este siglo abunda el género de las “vitae” o biografías de las grandes figuras clásicas, que se irían modificando hacia los denominados “Elogios académicos”, muy en boga hacia el s. XVII.

En este siglo hay un cambio sustancial de mentalidad, por la cual se pasa de considerar casi contemporáneos los saberes griegos y latinos tradicionales, y por tanto casi inmutables, a pensar, con una cierta amplitud de miras, que los conocimientos modernos pueden ser mejores que los antiguos. De esta forma ya empieza a ser necesario disponer, con claridad, de una evolución cronológica de las diferentes materias científicas. Buena responsabilidad de estos cambios la tendría Francis Bacon (1561-1626) en cuanto a dar validez a una historia de la ciencia. Tampoco es ajeno a este movimiento el nacimiento y desarrollo de las Academias, de las que ya dejamos constancia en otros trabajos<sup>20</sup>; que a su vez originarían el nacimiento y desarrollo de las revistas científicas en variadas formas (actas, etc.). De hecho, a finales del s. XVII en Europa ya había unas 30 revistas científicas<sup>21</sup>.

Por supuesto, sigue con pleno vigor el género de las biografías, o hagiografías, por mejor decir, orientadas muchas veces al trabajo de encargo para grandes señores o vidas de santos.

En este siglo destaca sobremanera la obra de Nicolás Antonio<sup>22</sup> (1617-1684), consistente en unos repertorios bibliográficos con dos títulos diferenciados. El primero, publicado en 1672 con el título “Bibliotheca hispana nova”, con dos volúmenes que incorporaban todos los autores que habían escrito entre 1500 y 1670.

El repertorio se ordenaba alfabéticamente por el nombre inicial del autor, que incluía los detalles conocidos sobre la vida del mismo y que, además, contemplaba un gran número de disciplinas como matemáticas, medicina, filosofía, etc.

---

<sup>17</sup> Op. cit. 11. Es también recomendable para una más amplia visión el trabajo de la prof. M.L. Terrada “La documentación médica como disciplina”. Cuadernos de documentación e informática biomédica, VI. Universidad de Valencia, 1983.

<sup>18</sup> Op. cit. 12.

<sup>19</sup> *Ibíd.*

<sup>20</sup> Vives, M.A. Las Academias de Veterinaria. Ponencia en el libro de las VI Jornadas Nacionales de Historia de la Veterinaria. Valencia, 16-17 noviembre de 2001. pp. 102-121.

<sup>21</sup> Op. cit. 11.

<sup>22</sup> Bujosa, F. Filosofía e historiografía médica en España. CSIC, Madrid, 1989. p. 52.

Lo continuó con la “Bibliotheca hispana vetus”, que incluía los autores anteriores a 1500 desde Octavio Augusto (63 a. de C.) y que quedó inconclusa a su muerte, tras un trabajo de más de 35 años<sup>23</sup>.

La importancia de su obra es crucial, al extremo que incluso actualmente sigue siendo regularmente consultada.

Tras su muerte, 12 años después, sería publicada la segunda parte por el cardenal José Sáenz de Aguirre, y hacia 1783-88<sup>24</sup> apareció una segunda edición anotada por Francisco Pérez Bayer, reconocido erudito valenciano.

Ya en el siguiente siglo (XVIII), algunos autores<sup>25</sup> sitúan el auténtico nacimiento de la historia de la ciencia, ya que en ese período se va asentando la idea del progreso constante y sostenido de la civilización humana a través, entre otras cosas, de la ciencia. Por lo tanto, parece interesante conocer los orígenes, el desarrollo y los principales acontecimientos como una herramienta más que permita avanzar en el conocimiento.

Ésta es la vía por la cual la historia de la ciencia toma un camino más cercano a la historia del progreso de la humanidad, en lugar de la idea actual que tenemos y que parcialmente se alcanzaría a finales del s. XIX o ya más propiamente en el s. XX.

El s. XVIII es fundamentalmente el siglo de la Ilustración, y hay que tener en cuenta que en dicho periodo sólo es intrínsecamente positivo lo moderno, lo nuevo, lo reciente. Por el contrario, el pasado no es más que arcaísmo, obsolescencia y, por supuesto, algo negativo. Por todo ello, para la Ilustración, no parece aceptable tomar en consideración el pasado científico de determinadas disciplinas como algo con validez intelectual y entidad propia, con algunas excepciones<sup>26</sup>, como Gianbatista Vico, quien en sus “Principi di una scienza nuova”, publicados en 1725, ya plantea diferencias culturales entre una y otra época.

De esta forma se va construyendo un edificio en torno a la historia de la ciencia en el cual, mayoritariamente y siguiendo un modo de hacer las cosas ya referido, interesan fundamentalmente el desarrollo cronológico y consecutivo, los hechos destacables (hitos), las aportaciones puntuales. Todo ello de una manera que incluso hoy sigue siendo muy utilizada. En todo caso la óptica ilustrada va variando hacia el s. XIX, donde el Romanticismo pone de moda el pasado, con su faceta positiva, y se introduce la idea de juzgar al pasado no con los ojos actuales, sino buscando la explicación plausible desde aquella época, con sus valores propios y determinados. Precisamente esta tendencia hace que se vuelva la vista al estudio de las diferentes formas de heterodoxia<sup>27</sup>.

Es a partir del s. XIX, y tempranamente en su primer tercio, cuando comienza a desarrollarse una historiografía de la ciencia, especializada, y empezará a incluirse como disciplina en los curricula de las Facultades y Escuelas universitarias, además de proliferar otras relativas a la historia de la ciencia en los formatos ya conocidos, esto es: bibliografías, biobibliografías, biografías de científicos ilustres (especialmente regionales) e, incluso, historias de ramas científicas completas (medicina) o especialidades (odontología), como veremos más adelante.

---

<sup>23</sup> Op. cit. 12.

<sup>24</sup> Op. cit. 22.

<sup>25</sup> Op. cit. 11, p. 84.

<sup>26</sup> *Ibíd*, p. 86.

<sup>27</sup> *Ibíd*, p. 90.

Del mismo modo, hay un movimiento similar que también tiene gran valor para el estudio de la historia de la ciencia, como es la escritura de diccionarios especializados en términos científicos, que comenzaría con la inclusión de los mismos en el diccionario de autoridades de la R.A.E. (Madrid, 1726-1739) y que promueve el desarrollo de términos especializados en historia, pesca, bellas artes, geografía, etc.<sup>28</sup> a lo largo del s. XVIII, si bien, y también hasta la primera mitad del s. XIX, no empezarían los diccionarios científicos especializados.

Finalmente, en este apartado cabe decir que, si hasta la primera mitad del s. XIX el desarrollo de la historiografía de la ciencia es más o menos equiparable en las distintas disciplinas, a partir de aquí y fundamentalmente en función de las personas que trabajan en este campo, la historiografía de la ciencia se hipertrofia en unos campos (medicina) donde se instala en una fuerte tradición de trabajo, estudio e investigación, o bien languidece sin pena ni gloria, como es nuestro caso en veterinaria, excepción hecha de algunas notorias personalidades que en absoluto desmerecen, como sería el caso de Sanz Egaña, en el que más adelante profundizaremos.

## **La historiografía de la ciencia en España: Veterinaria y Medicina**

En este capítulo nos vamos a referir al desarrollo de la historiografía veterinaria en España, y vamos a intentar observarla a la par que trataremos de compararla con el desarrollo de la historiografía médica en España, con la finalidad de disponer de un patrón de referencia suficientemente contrastado, y todo esto en un espacio temporal que voluntariamente finalizamos con la obra cumbre de Sanz Egaña “Historia de la Veterinaria española”<sup>29</sup>, en la que nos fijaremos también de modo crítico, además de utilizar sus referencias para establecer el itinerario cronológico.

En cuanto al repertorio bibliográfico, por su calidad inmejorada todavía (a falta de publicación de las anotaciones que vayan completando el trabajo), utilizaremos el de Palau Claveras<sup>30</sup>, a modo de referencia ineludible.

Por lo que se refiere a la historiografía médica española, se asume tradicionalmente que sus antecedentes más remotos se encontrarían en Isidoro de Sevilla e Ibn Jul Jul<sup>31,32</sup>, mientras que en el apartado referido a veterinaria nada podemos aportar a este extremo. Las siguientes referencias ya se circunscriben al s. XVI, en pleno Renacimiento, donde igualmente los autores consultados se ponen de acuerdo en afirmar que los primeros textos españoles impresos y relacionados con la historia de la medicina fueron una de las “Epístolas familiares” de Fray Antonio de Guevara (Madrid, 1525) y un capítulo de la “Crónica e historia general del hombre”, que Juan Sánchez Valdés de la Plata publicaría a final del siglo (1598). Por lo que respecta a la veterinaria, el s. XVI es tenido como el siglo de oro de la literatura albeiteresca, referida especialmente al triunvirato constituido por Francisco de la Reyna, Fernando Calvo y Pedro López de Zamora, que sin embargo no se dedicaron formalmente a la historia de la profesión por más que, como era la costumbre en aquellos años, los escritores del s. XVI se refieren a

---

<sup>28</sup> Gutiérrez, B.M. La constitución de la lexicografía médica moderna en España. Toxosoutos, Coruña, 1999.

<sup>29</sup> Sanz, C. Historia de la Veterinaria española. Espasa Calpe, Madrid, 1941.

<sup>30</sup> Palau, A. Bibliografía hispánica de veterinaria y equitación anterior a 1901. Universidad Complutense, Madrid, 1973.

<sup>31</sup> Op. cit. 11, p. 135.

<sup>32</sup> Op. cit. 22, p. 51.

una gran cantidad de autores, tanto clásicos como de la propia profesión veterinaria. Y así, como ya dejamos anotado<sup>33</sup>, Fernando Calvo cita referencias de más de 60 autores clásicos y, lo que más nos interesa, se refiere profusamente a los más reputados albéitares coetáneos y anteriores (incluso alguno desconocido aún hoy para nosotros, como los maestros Mauro y Martín Zacarías), aportando en muchos casos no sólo la referencia bibliográfica, sino el título de la obra, capítulo y página, al modo de las actuales revisiones bibliográficas.

En este siglo merece mención aparte la obra de Alonso Suárez, médico de Talavera, que en 1564 publica su obra titulada “Recopilación de los más famosos autores griegos y latinos que trataron de la excelencia y regeneración de los caballos”<sup>34</sup>, obra que claramente plantea una recopilación bibliográfica tanto de los textos antiguos como de los coetáneos, con lo cual nos aporta una visión bibliográfica actual de su tiempo, que obviamente no trata de la historiografía, sino tan sólo una revisión de los conocimientos sobre el tema, pero que sin embargo tiene un gran mérito dentro de la historiografía de la ciencia. De igual modo, Sanz Egaña también le otorga cierto mérito<sup>35</sup>.

Por lo que se refiere al s. XVII en el que, como ya hemos apuntado, predomina la tradición biobibliográfica, en medicina podemos encontrar obras como “Libro de las vidas de doce príncipes de la medicina y de su origen”, de Fray Esteban de Villa, publicada en 1647, así como algunas (pocas) obras biográficas menores. También se cita<sup>36</sup> a Juan Torre y Valcárcel, quien al parecer utilizó la obra anterior para escribir el apartado histórico de su obra “Espejo de la filosofía y compendio de toda la medicina” en 1668.

Los autores consultados<sup>37,38</sup>, también están de acuerdo en reconocer la trascendencia que para la historia de la medicina habría de tener la obra ya citada de Nicolás Antonio “Bibliotheca hispana nova”, en cuanto que estableció una base sólida de trabajo para estudios posteriores, en lo que a bibliografía se refiere, tanto para la historia de la medicina, como para otras disciplinas científicas, incluidos algunos autores de albeitería, como Francisco de la Reina.

De esta forma, podemos apreciar que por lo que se refiere a la historia de la medicina, es cierto que hay obras para citar, pero ninguna se adelanta o destaca sobre las de su tiempo.

Refiriéndonos ahora al desarrollo de la historiografía veterinaria, y al igual que ocurría a lo largo del siglo anterior, disponemos de obras en las cuales se citan prolijamente otras de autores anteriores, como es el caso de Pedro García Conde<sup>39</sup>, quien en su obra “Verdadera albeytería .....”, publicada en 1685, cita profusamente obras anteriores de albeitería, por ejemplo. Pero, con todo, disponemos de un auténtico hito en la historiografía veterinaria, aportado por Martín Arredondo, quien para Sanz Egaña<sup>40</sup> sería nada menos que el primer autor que plantea directamente una obra sobre historia de la

---

<sup>33</sup> Vives, M.A., Ezquerro, L.J. Noticia del autor y de su obra. En: Edición facsímil del arte de herrar entre el maestro Fernando Calvo y el discípulo de este arte. AVECAE, Cáceres, 1992.

<sup>34</sup> Op. cit. 30, p. 13.

<sup>35</sup> Op. cit. 29.

<sup>36</sup> Op. cit. 22, p. 52.

<sup>37</sup> Op. cit. 11.

<sup>38</sup> Op. cit. 22.

<sup>39</sup> Op. cit. 30, p. 32.

<sup>40</sup> Op. cit. 30, p. 137.

veterinaria. Así, este albéitar de Talavera, herrador y también cirujano, nacido extremeño, en la villa de Almaraz, según indica su portada, publicó en 1658 su “Recopilación de albeytería, sacada de varios autores”, que a su vez contiene un apartado denominado “Prefación de albeytería y de su antigüedad y de los hombres notables que han escrito en ello, y de la estimación que de sí deve hazer el buen albéitar”, que pretende ser, como el mismo autor explica, un tratado de historia de la albeytería. Se constituye pues, como bien afirma Sanz<sup>41</sup>, en el primer trabajo conocido en España, y no imitado hasta el s. XIX, acerca del conocimiento de los albéitares y su actividad profesional.

Libro de sobras conocido, y citado profusamente por quienes, a posteriori, se ocuparon de la historiografía veterinaria.

Si bien es perfectamente válido como hito historiográfico, se limita a reseñar autores que han escrito sobre albeytería, con su correspondiente juicio crítico, pero sin plantearse, como es lógico dada la época, cuestiones sociales profesionales o de la albeytería como disciplina en su conjunto.

Por lo que se refiere a la edición de Madrid (por Bernardo de Villadiego) de 1669, que hemos consultado<sup>42</sup>, nos parece innegable el hecho de que Arredondo pensase claramente en el valor de los escritores precedentes y al respecto, en el inicio de la obra, afirma “según lo referido, nunca es superfluo las muchas autoridades, pues nunca se ve el fin al número de las verdades”<sup>43</sup>.

El libro primero, “Recopilación de albeytería sacada de varios autores”, contiene también un antidotario, un “Diálogo de theorica de albeytería en el cual se declaran las reglas y puntos que el buen Maestro debe saber” y, finalmente, cinco páginas (pp. 214-218) dedicadas a la “Prefación de albeytería...” que son el núcleo fundamental de la cuestión a tratar, esto es, si se trata o no de una pequeña historia de la veterinaria.

Cabe decir al respecto que Arredondo tiene muy presente la obra ya reseñada de Alonso Suárez, quizás muy conocido para él por ser un médico de Talavera, lugar donde Arredondo residía, a cuya obra el propio Arredondo recomienda “acercarse” en varias ocasiones.

En todo caso, cabe resaltar que al inicio de este apartado de la “Prefación”, dice textualmente “No solamente en nuestros tiempos, mas en los antiguos no ha habido quien haya tratado de la nobleza de este Arte, tan importantísimo, así en la paz como en la guerra, y me parece que aunque algunos hayan tratado, y dicho de él algunas honras, nadie las explicará con todos los requisitos, y particularidades que en sí encierra”. Parece evidente el hecho de que Arredondo se refiera a la carencia por una parte, y a la necesidad por otra, de páginas dedicadas a la historia de la albeytería. Y es así como más adelante dedicará también algo de espacio al ofrecer una cronología sin fechas de los principales albéitares hispanos, de los que dice<sup>44</sup>:

“También me parece no pasar en blanco los hombres insignes de España, que la han mejorado muy ventajosamente, cuyos nombres no dejaré en silencio; pues fuera

---

<sup>41</sup> *Ibíd.*

<sup>42</sup> Arredondo, M. *Obras de albeytería*. Primera, segunda y tercera parte. Madrid, 1669. Ejemplar depositado en la biblioteca pública de Cáceres, signatura 10.151.

<sup>43</sup> Respuesta a la epístola de Marcos Morodo y Juan Álvarez Borges. *Op. cit.* 42, p.3.

<sup>44</sup> *Op. cit.* 42, p. 217.

hazerles muy conocido agravio, y aun delito contra la patria: fueron celebres (entre otros muchos):.....”

Y continúa con una relación que incluye a los siguientes:

- Don Manuel Diaz.
- Alonso Suárez.
- Laurencio Russio, “Andaluz, tan docto como antiguo, pues consta averse escrito mas ha de trescientos años”.
- Pedro López de Zamora.
- Francisco de la Reyna.
- Fernando Calvo.
- Miguel de Paracuellos.
- Juan Gómez Escanilla.
- Baltasar [Francisco] Ramírez.

Finaliza añadiendo muchos militares y nobles que “ejercitan este arte”, de los que nombra a nueve, incluyendo también algún juicio crítico a sus obras.

Vemos pues, que Arredondo, coincidiendo con la apreciación de Sanz Egaña, es un hito de primer orden en la historiografía veterinaria española, al ocuparse por primera vez de recopilar y citar a diversos autores, como tratadistas destacados de la albeitería hispana.

El siglo siguiente, s. XVIII, ya incluye el germen de la Ilustración, que habría de llevar por otros derroteros la historiografía de la ciencia, siendo así, que la historiografía médica española habría de ser claramente influenciada por el trabajo y el modo de hacer las cosas de Nicolás Antonio y sus “Bibliotheca”. Además se añaden las relaciones de los escritores médicos hispanos con los trabajos de los franceses. Y es así que a partir del trabajo de Jean Jacques Manget (1731) “Bibliotheca scriptorum medicorum veterum et recentiorum”, Mariano Seguer, médico valenciano amigo de Gregorio Mayans (uno de los “novatores” hispanos), publicó sus “Noticiae medicorum hispaniorum ab anno 1742” con la finalidad de completar la obra anterior, como refieren Bujosa<sup>45</sup> y Barona<sup>46</sup>.

Curiosamente, este hecho de reaccionar frente a los escritores extranjeros que a menudo (o siempre) se olvidaban a los españoles, va a ser una constante a lo largo de este siglo y el siguiente, alcanzando su culminación con el artículo de Nicolás Masson de Morvilliers, publicado en la “Encyclopèdie méthodique” (1782), en el que venía a afirmar que España nunca había tenido ciencia. Este artículo conmovió a más de uno, que se dedicó a escribir e indagar acerca de nuestra tradición histórica, poco trabajada hasta la fecha; pero que en lo sucesivo iba a ser removida, siquiera para honrar el honor patrio.

También en este siglo, y en cuanto a la medicina española, iban a publicarse obras sobre historiografía médica, como los trabajos de Andrés Piquer “De hispaniorum medicina instauranda” (1761) y “La medicina de los árabes” (1770)<sup>47</sup>.

Proliferan también las bibliografías regionales (topobibliografías).

En otro plano, los avances llegarían por muchas vías, como por ejemplo, Suárez de Rivera quien, en 1730-31, se dedicó a realizar el primer diccionario de medicina, que

---

<sup>45</sup> Op. cit. 22, p. 53.

<sup>46</sup> Op. cit. 11, p. 136.

<sup>47</sup> Op. cit. 22, p. 53.

sólo llegaría a completar hasta la letra “C”<sup>48</sup>, y siguiendo también la moda francesa. Como ya hemos anotado antes, el diccionario de autoridades (1726-1739) ya incluía multitud de voces científicas. Y a lo largo del s. XVIII veríamos sucesivos intentos de diccionarios especializados.

Por lo que se refiere al s. XVIII para la historiografía veterinaria, podemos indicar que, al igual que hemos visto en los siglos anteriores, en nuestra particular parcela profesional no hemos ido a la zaga de nuestros colegas médicos, siendo así que disponemos de suficientes exponentes al respecto, en los diversos apartados que hemos considerado y que revisaremos a continuación.

Salvador Montó y Roca<sup>49</sup> publica en la primera mitad del s. XVIII una obra sobre medicina veterinaria que incluye en la parte final un “Índice de las mas notables dotrinas, assi beterenarias, como chirurgicas, y Medicas, que se hallan es esta obra, con la cita de Autores y sus lugares”<sup>50</sup>, que nos resulta muy cercano a los índices bibliográficos que actualmente utilizamos, ya sea a pie de página o bien como notas al final del capítulo. En este “Índice” incluye nada menos que citas sobre 247 apartados o conceptos, y si bien no incluye nada específico sobre historia, coincidimos con Sanz Egaña<sup>51</sup> en que conoce muy bien la obra publicada por los albéitares anteriores, en su mayor parte, tanto de los ss. XV y XVI, excepción hecha de Alonso Suárez, al que no cita no sabemos si por no ser albéitar o por tratarse de una recopilación. Del s. XVII sólo deja de anotar a Bartolomé Guerrero Ludeña y Carlo Ruini (que si bien no era español, ya disponía de su obra sobre anatomía traducida). Y por último, del s. XVIII, habida cuenta de su muerte previa a la publicación de su obra, sólo falta por nombrar a Fernando de Sande y Lago y José Pérez Zamora. También es cierto que no incluye noticias biográficas de los autores, ni tampoco aporta las referencias del texto; pero en todo caso queda anotado su trabajo, además de muchos otros autores de medicina y cirugía, también reseñados.

Igualmente en este siglo, las obras que contenían pequeñas hagiografías, dirigidas a personajes notables, cuentan en ocasiones con los albéitares mas famosos. Y así, a modo de ejemplo, presentamos la obra de Francisco Gregorio de Salas<sup>52</sup>, capellán en Madrid y extremeño de origen, que dedica el soneto XXXII a Fernando Calvo y a Martín Arredondo, ambos famosos albéitares extremeños, de quienes dice<sup>53</sup>:

“A Fernando Calvo natural de la ciudad de Plasencia, y a Martín Arredondo, natural de la villa de Almaraz, Autores clásicos de la facultad de Albeytería, y de los mas seguidos de ella”.

Como ya hemos dejado anotado, se trata de un ejercicio habitual en el siglo, que bien habla de la consideración social que algunos albéitares tuvieron, de modo que aparecen en el libro de Gregorio de Salas con la misma extensión y al mismo nivel que Francisco Sánchez “El brocense”, filólogo y latinista famoso, o de Juan de Sorapán y Riera o Francisco Arceo, famosos médicos extremeños.

---

<sup>48</sup> Op. cit. 28.

<sup>49</sup> Montó y Roca, Salvador. Sanidad del cavallo y otros animales sujetos al arte de albeytería, ilustrado con el arte de herrar. Joseph Estevan Dolz, Valencia, 1742.

<sup>50</sup> *Ibíd.*, pp. 223-248.

<sup>51</sup> Op. cit. 29, pp. 173-175.

<sup>52</sup> Gregorio de Salas, Francisco. Elogios poeticos dirigidos a varios heroes, y personas de distinguido merito en sus profesiones..... Imprenta de Andrés Ramírez, Madrid, 1773.

<sup>53</sup> *Ibíd.*, pp. 73-74.

La ya referida tendencia a polemizar, sobre todo con los autores extranjeros, con respecto a las aportaciones de la ciencia española, como la referida a Masson de Morvilliers, también tendría su correspondencia en veterinaria, ya que en 1790 se publica anónimamente (aunque todo el mundo<sup>54,55,56</sup> lo atribuye a Bernardo Rodríguez) un “Catálogo de algunos autores españoles que han escrito de veterinaria, de equitación y de agricultura”<sup>57</sup> y que subtítulo: “Contiene por orden cronológico, el año y lugar de su impresión, las ediciones que se han hecho, y un juicio imparcial del mérito de cada obra”, dejando bien clara su intención al respecto.

Fernández Sánchez<sup>58</sup>, en su obra, refiere este “Catálogo” como ejemplo del surgimiento de las bibliografías especiales a la vez que aparece el lector necesitado de dicha información, como consecuencia de una serie de cambios fundamentales que se desarrollan en el s. XVIII, como serían:

- La consciencia de que la bibliografía es el punto de partida para hacer nueva ciencia.
- El surgimiento de múltiples instituciones de carácter científico, en pleno auge de la Ilustración, que producen ciencia que debe ser divulgada.
- La posibilidad de recoger de forma ordenada (cronológicamente, por temas, etc.) la producción científica de una época determinada y, por tanto, los logros y carencias de ese período.

En todo caso, el débil desarrollo de la bibliografía científica hace que obras como la de Bernardo Rodríguez no tuvieran un auténtico valor bibliográfico, ya que la propia reseña de los libros citados es muy pobre, faltando datos del impresor, número de páginas, etc.

El autor, al inicio, nos cuenta el “Motivo que se ha tenido para la formación de este catálogo”<sup>59</sup> que, según nos cuenta, no fue otro que un artículo de un marqués italiano, a quien le dijo un “literato de París”, acerca de que no había más producción de veterinaria en España que la “Guía veterinaria original” de los hermanos Rus García, pero que posteriormente fue informado por el profesor Huzard de que la producción española fue rica y variada. De esta forma, el marqués se propuso estudiar español para disfrutar de tanta sabiduría, y mandó publicar una nota en un periódico de la Corte preguntando si alguien podría hacer una recopilación de las obras de albeitería escritas en España y dar noticias de los autores. Por ello parece que Bernardo Rodríguez se siente ofendido por aquel “literato de París” que se permite afirmar que en España sólo había un libro de veterinaria y de escaso valor, y en consecuencia se propone desmentir esa barbaridad.

De esta forma, la obra de Rodríguez utiliza una clasificación cronológica de las obras (y ediciones) que el autor conoce en esos momentos. Utiliza referencias cruzadas sobre opiniones o noticias que algunos autores han expresado sobre otros anteriores. Es curioso ver cómo Rodríguez ya expresa la dificultad para encontrar algunos libros,

---

<sup>54</sup> Op. cit. 30, p. X.

<sup>55</sup> Op. cit. 29, p. 183.

<sup>56</sup> Op. cit. 12, p. 118.

<sup>57</sup> Anónimo. Catálogo de algunos autores españoles que han escrito de veterinaria, de equitación y de agricultura. Joseph Herrera, Madrid, 1790.

<sup>58</sup> Op. cit. 12, p. 118.

<sup>59</sup> Op. cit. 57, p. 3.

cuando dice: “El ser tan escasos y raros los ejemplares de la obra del señor Suárez ...”<sup>60</sup>. Además, en su obra habla también de “Premios de veterinaria” donde se refiere a “los problemas que se han publicado y las adjudicaciones que se han hecho tanto por la Real Sociedad [Económica] de Madrid, quanto por las Juntas de los Editores de los papeles periódicos de esta Corte”, que inició en 1786.

Incluye también un apartado sobre libros de equitación<sup>61</sup>, ilustrando muy sucintamente la conexión entre equitación y albeitería, y finalmente incluye un apartado muy documentado sobre agricultura<sup>62</sup>.

Si bien no es un libro biográfico, en todo caso Bernardo Rodríguez es el autor, sin ninguna duda, de la primera bibliografía especializada sobre veterinaria, que conviene situar en su tiempo (1790) y que, por ello, resulta un considerable hito, por más que no profundice en la historia de la veterinaria, como posteriormente se haría; pero pone a los veterinarios en pie de igualdad con los médicos, en lo que a interés por lo histórico se trata.

De igual modo, coincidimos con Sanz Egaña<sup>63</sup> en el muy positivo juicio que esta obra nos merece.

Pero en la misma fecha, debemos reseñar otro hito importante como fue el proyecto de “Diccionario de higiene y economía rural veterinaria”, que Joaquín de Villalba y Guitarte acometió, sin llegar a terminar por causas lamentables.

Así, como Gutiérrez Rodilla<sup>64</sup> apunta en su obra, Villalba pretendía elaborar un diccionario de utilidad para aquellos que vivían aislados en el mundo rural, siguiendo la famosa obra francesa del Abate Rozier. Al respecto, elaboró cinco volúmenes hasta 1805, que presentó a la Real Academia de Medicina de Madrid para su informe y censura, y que los académicos revisores boicotearon con informes como el de Bartolomé Colomar, quien escribía:

“Sería una empresa tan imposible como inútil querer hacer una enumeración exacta de los errores crasos que contiene el primer tomo del diccionario ..... porque se haría indispensable escribir un volumen mucho mayor que este tomo, que no es pequeño”.

Además, entre los revisores (Tomás García, Antonio Ballano) había relaciones más que cordiales con reconocidos enemigos de Villalba (José Severo López, catedrático del Colegio de Cirugía de San Carlos), y además, Ballano publicaría en 1805 su diccionario de medicina, al que Tomás García añadiría un suplemento a la muerte de éste.

La vida completa de Joaquín de Villalba está perfectamente estudiada en la obra de Carreras Panchón<sup>65</sup> a la que nos referimos en los datos biográficos. Así, el 20 de septiembre de 1798 se nombra a Villalba catedrático de Hipofisiología, cinco años después de la fundación de la Real Escuela de Veterinaria de Madrid, por lo cual hay ciertamente una conexión directa e importante con el mundo veterinario, bien es cierto que a través de un médico como fue Villalba. Y al fin esto había de resultar notorio debido a la producción científica de Villalba, que se repartió, además del “Diccionario

---

<sup>60</sup> Op. cit. 57, p. 7.

<sup>61</sup> *Ibíd.*, pp. 42 y ss.

<sup>62</sup> *Ibíd.*, p. 50.

<sup>63</sup> Op. cit. 29, pp. 183-184.

<sup>64</sup> Op. cit. 28.

<sup>65</sup> Carreras Panchón, A. Joaquín de Villalba (1752-1807) y los orígenes de la historiografía médica española. Universidad de Málaga, Málaga, 1984.

de higiene y economía rural veterinaria”, en una “Hipofisiología del caballo” y diversos escritos dedicados a albeitería y epizootías<sup>66</sup>.

Resulta curioso comprobar que estos manuscritos fueron conocidos y consultados por Sanz Egaña<sup>67</sup>, quien a su vez había tenido noticia de ellos a partir de la obra de Nicolás Casas “Historia general de la veterinaria en la Edad Media”<sup>68</sup>. De igual modo, Sanz Egaña dice textualmente de Villalba<sup>69</sup>: “Muy aficionado a la historia, recogió materiales para escribir una historia de los animales domésticos, de la veterinaria; también acopió palabras para una enciclopedia de veterinaria”. Y cita una serie de manuscritos entre los que no figuran ni el n° 13.455 (Diccionario) ni el 13.345 (Hipofisiología).

Más adelante, Sanz Egaña<sup>70</sup>, al referirse a las epizootías en el capítulo correspondiente de su obra, cita textualmente: “Villalba ha recogido en uno de sus libros [Epidemiología española] noticias confusas, sin garantía por añadidura, sobre epizootías en la ganadería hispana, labor carente de valor histórico; el tema brinda atractivo a los investigadores”.

De lo que no tuvo conocimiento Sanz Egaña en su momento es de la importancia que se le ha conferido a Villalba como uno de los padres de la historiografía médica española, además de uno de los autores más destacados sobre el tema en el mismo siglo, junto con Hernández Morejón y Comenge, siendo estos últimos posteriores<sup>71</sup>.

En efecto, Villalba publicó su “Epidemiología española o historia cronológica de las pestes, contagios, epidemias y epizootías que han acaecido en España desde la venida de los cartagineses hasta el año 1801”, que sería publicada en 1802, siendo catedrático de la Escuela de Veterinaria, y de la cual Carreras<sup>72</sup> afirma: “A pesar de haber publicado un solo libro, la Epidemiología Española (Madrid 1802 y 1807), Villalba habría sido el gran develador de nuestro pasado médico y únicamente el infortunio y el interesado silencio de sus continuadores le privarían de tan distinguida condición”.

Y con respecto al contenido de su obra, Marí<sup>73</sup> indica: “Villalba se atiene a unos criterios historiográficos transparentes, que señala en el prólogo de la obra: indica con precisión la fuente de la que extrae los datos; sigue un orden cronológico riguroso; se limita a las epidemias ocurridas en España (salvo excepciones que justifica); refiere los hechos trasladándolos del original sin entrar en su verosimilitud (aunque a veces desliza un comentario para proteger al lector demasiado crédulo); se limita a las enfermedades tenidas por epidémicas y contagiosas en su tiempo; aporta referencias climatológicas, sociológicas, históricas e, incluso, costumbristas. Su relato posee vivacidad e interés humano”.

Opinión, como vemos, en las antípodas de la expresada previamente por Sanz Egaña.

---

<sup>66</sup> Los manuscritos de estas obras están actualmente en la Biblioteca Nacional (Ms. 13.455, Ms. 13.345, Ms. 19.576, Ms. 20.278 y Ms. 20.277, respectivamente).

<sup>67</sup> Op. cit. 29, p. 274.

<sup>68</sup> Casas, N. Historia general de la veterinaria en la Edad Media. Boletín de Veterinaria II, 1846. p. 21.

<sup>69</sup> Op. cit. 29, p. 274, cita 5ª.

<sup>70</sup> Op. cit. 29, p. 419.

<sup>71</sup> Marí, V. Tres historiadores de la medicina española: Villalba, Hernández Morejón y Comenge, e influencia del primero en la obra de los otros dos. V Congreso Nacional de la Sociedad Española de Historia de la Medicina. Madrid, 29-30 de septiembre de 1977. pp. 167-176.

<sup>72</sup> Op. cit. 65, p. 12.

<sup>73</sup> Op. cit. 71, p. 168.

Lamentablemente, esta actividad de un catedrático de veterinaria no crearía escuela entre los propios veterinarios, quizás porque su mundo fuese más bien el de los cirujanos de la Corte que el de la Escuela de Veterinaria.

Entrados ya en el s. XIX y, como de costumbre, refiriéndonos ya a la producción historiográfica médica, cabe considerar este siglo como el tiempo en el cual se consolida la historiografía, no sólo como actividad científica, sino como disciplina académica.

Hay una multiplicación de las obras de tipo biobibliográfico<sup>74</sup>, y paulatinamente empiezan a proliferar los compendios de historia de la medicina, a la par que proliferan las bibliografías especializadas (hidrología, cirugía, odontología) y regionales.

En todo caso, en este siglo destacan autores como León Sánchez Quintanar, Antonio Hernández Morejón, Anastasio Chinchilla, José Miguel Guardia y Luis Comenge, que establecen sin ninguna duda las bases de la historiografía médica española.

A diferencia de lo que venimos constatando hasta la fecha, la cantidad y calidad de las obras referidas a la historia de la medicina aumenta muy por encima de las de veterinaria, destacándose desde entonces de una manera notoria, y por supuesto hasta la fecha.

Además, se da un notable proceso de creación de escuela, de modo que a unos autores les seguirán sus discípulos de una manera que tampoco habrá de tener paralelismo en veterinaria.

La relación de obras y autores es considerable<sup>75</sup>, si bien las tendencias no cambian, de modo que se siguen practicando las consabidas biografías, biobibliografías, y un paulatino aumento de los compendios de historia de la medicina. También se pone de moda el que reconocidas figuras de la medicina de su tiempo aporten obras con un claro contenido histórico-médico.

Antonio Hernández Morejón compuso la que se tiene por obra cumbre de la tradición biobibliográfica española<sup>76</sup>, titulada “Historia bibliográfica de la medicina española”, en siete volúmenes, que seguiría con plena vigencia hasta el s. XX, sirviendo de base al trabajo realizado por los historiadores de la medicina aún en activo.

Bien es cierto que los propios títulos ya indican cambios en la tendencia, como pueden ser entre otros: “Historia crítica de la Medicina”, de Hurtado de Mendoza (1845); “Ojeada filosófica sobre la Historia de la Medicina”, de Fernando Blasco Corella (1851), “Importancia de la Historia de la Medicina”, de Bonifacio Montejo Robledo (1852). De igual modo, hay un progresivo asentamiento de la historia de la medicina como materia curricular en los estudios de medicina humana -al extremo de que en 1845, en los estudios de doctorado, se impartía la disciplina “Bibliografía e historia de las ciencias médicas”-, lo que condujo a la confección de textos para su estudio, como es el caso de Ildefonso Rodríguez y Fernández, profesor de Historia de la Medicina en Madrid entre 1891 y 1918.

Por no extendernos, debemos decir otra vez que hubo una notable progresión, imparable por otra parte, que derivaría en la formación de notables especialistas cuyo aporte tendría clara relevancia en el futuro.

---

<sup>74</sup> Op. cit. 11, pp. 137-138.

<sup>75</sup> Vid. op. cit. 11 y op. cit. 22.

<sup>76</sup> *Ibíd.*

Por lo que se refiere a los datos de historia de la farmacia, por su proximidad académica, nos referiremos a ellos sucintamente y basándonos en el trabajo de la profesora Francés Causapé<sup>77</sup> quien en su trabajo, y concretamente en el apartado referido a los “Tratados generales de Historia de la Farmacia”<sup>78</sup> afirma que no sería hasta el s. XIX cuando se empiezan a publicar en España una serie de obras especializadas en historia de la farmacia, cual sería la de Manuel Hernández de Gregorio, “Anales histórico-políticos de la Medicina, Cirugía y Farmacia” en 1833 y cuyos objetivos no eran otros que los de “contar los hechos más interesantes en los fastos de la Farmacia”. Fue el primer español y primer farmacéutico que escribió una historia de la farmacia en España.

Carlos Mallaíno y Gómez publicó en los primeros números de “El mensual farmacéutico” un bosquejo histórico de la Farmacia. El mismo autor, junto a Quintín Chiarlone, publica en 1847 un “Ensayo sobre la Historia de la Farmacia”.

Ya en 1857, Chiarlone y otros consiguen que la disciplina “Historia crítico-literaria de la Farmacia” sea incluida en los estudios de doctorado. Publicarían a partir de 1865 una “Historia de la Farmacia” con varias ediciones, situación ésta que, como veremos, salvando la consideración de estudios universitarios para veterinaria y por supuesto el inalcanzable, por inexistente, doctorado, habría de ser pareja a la nuestra, con iniciativas similares, perfectamente parangonables en su época.

Y por lo que se refiere a nuestro campo de estudio, a lo largo del s. XIX se suceden una serie de iniciativas parejas a las anteriores y que por su proximidad cronológica, y las buenas comunicaciones científicas, no cabe duda que, sin grandes errores, podrían achacarse a la estimulación, competitividad o afán de emulación de nuestros veterinarios.

De este modo, hemos encontrado obras perfectamente superponibles a las referidas a medicina, y en los apartados correspondientes que repasaremos cronológicamente.

Así pues, excluyendo en el s. XIX las obras de Joaquín de Villalba que ya hemos comentado, en 1829 Carlos Risueño publica su “Diccionario de Veterinaria y sus ciencias auxiliares”<sup>79</sup> que, siquiera por el hecho de una cierta proximidad cronológica con Villalba y sus propios intereses, parece, en nuestra opinión, claramente influenciado por el mismo.

De hecho, además de ser el primer diccionario de veterinaria publicado en español, incluye también en su prólogo<sup>80</sup> una reseña histórica donde cita fundamentalmente las obras de veterinaria que conocía, sin otras noticias biográficas más que las leves descripciones que acompañaba al libro.

Cabe decir en este caso que las referencias incluidas son más escasas que las de Bernardo Rodríguez, aunque ciertamente similares, si bien Rodríguez aportaba también una sucinta crítica del libro.

En todo caso es curioso reseñar las palabras de Risueño<sup>81</sup> cuando afirma: “Razones poderosas, cuya fuerza apreciarán mis lectores, me obligan a terminar en esta época

---

<sup>77</sup> Francés, M.C. El devenir de la Historia de la Farmacia en España. Discurso de recepción como académica de número de la R.A.E. de Farmacia. Madrid, 1995.

<sup>78</sup> Op. cit. 77, pp. 5-13.

<sup>79</sup> Risueño, C. Diccionario de Veterinaria y sus ciencias auxiliares. Librería de Pérez, Madrid, 1829.

<sup>80</sup> Op. cit. 79, pp. V-XII.

<sup>81</sup> Op. cit. 79, p. X.

memorable la parte histórica de la medicina veterinaria en España, que me había propuesto bosquejar”.

Finalmente, y aunque da la sensación (así lo recoge Sanz Egaña<sup>82</sup>) de que Risueño había acariciado la posibilidad de recopilar datos para una historia de la veterinaria, el resultado de su trabajo no pasa de ser escaso, superficial, corto y poco consistente.

Con posterioridad al diccionario de Risueño habrían de pasar otros 16 años hasta que se publicase algo referido a la historia de la veterinaria, lo que llevaría a cabo Nicolás Casas, con una serie de artículos al respecto que publicó en su revista “El Boletín de Veterinaria” a lo largo del primer y segundo año de su publicación, y de una manera bastante temprana, a partir del undécimo número de su revista, en 1845.

De esta forma, Casas, en el primero de los artículos publicados al respecto<sup>83</sup>, plantea el orden que seguirá en sucesivos artículos y que consistía en los siguientes apartados:

- Historia general de la veterinaria en la antigüedad, esencialmente en tiempos de los griegos.
- Historia general de la veterinaria en tiempo de los árabes y romanos.
- Historia general de la veterinaria en la edad media. Donde curiosamente añade: “...en la que nos veremos en la precisión de confundir en algún tanto la historia de la veterinaria francesa con la española, para vindicar el honor español y hacer ver al mundo entero, que prescindiendo de las dos primeras épocas, nadie nos aventajó en escritos referentes a la facultad y que poseemos en dicha época los libros más antiguos que se conocen de la ciencia”.
- Historia general de la veterinaria en España.
- Historia de la veterinaria en Madrid.

A tal empeño habría de dedicar doce artículos, once de los cuales se publicaron a lo largo de 1845 y 1846, pero el último, referido a la historia de la Escuela de Madrid, se publicaría en 1848<sup>84</sup>.

Si bien el propio Casas se extraña de que aún no se hubiese emprendido el escribir la historia de la veterinaria, su propia aportación la define como un “bosquejo, que otra mano más hábil podría reformar”<sup>85</sup>.

El trabajo completo de Casas adolece de grandes imprecisiones cronológicas, reiteraciones y excesivas elucubraciones sin una base clara. Está descompensado al dedicar a griegos y romanos la mitad de sus trabajos, apoyándose exclusivamente en tres obras, fundamentalmente de filología clásica, como fueron una traducción al español de los hipiatras griegos; una edición, traducida al italiano, de la colección de hipiatria mandada recopilar por Constantino Porfirogénito, publicada en Roma en 1814 por Visentini, y una tercera obra alemana, preparada por Conrado Gesner. Afortunadamente, las citas que proporciona son las adecuadas para localizar dichos textos.

Así, cuando pasa a considerar la importancia de los árabes, su aportación es nula.

---

<sup>82</sup> Op. cit. 29, p. 48.

<sup>83</sup> Casas, N. Origen de la Veterinaria. Boletín de Veterinaria nº 11, 15 agosto 1845, pp. 161-169.

<sup>84</sup> Casas, N. Historia de la Escuela Veterinaria de Madrid. Boletín de Veterinaria, nº 80, 15 mayo 1848, pp. 177-182.

<sup>85</sup> Op. cit. 83, p. 168.

Los últimos capítulos referidos a la historia de la veterinaria española se apoyan excesivamente (o más bien copia casi literalmente) en el catálogo de Bernardo Rodríguez, que desde luego no cita, ampliando algunas –leves– precisiones de alguna de las obras citadas, pero copiando palabras y frases, e incluso siguiendo el mismo orden. Su último artículo sobre la Escuela de Veterinaria de Madrid, por el contrario, es excelente, sin duda no sólo por la proximidad temporal al escritor, sino también por la cercanía y el manejo de las fuentes directas.

Cronológicamente, la siguiente aportación a la historia de la veterinaria vendría de la mano de Ramón Llorente Lázaro<sup>86</sup>, catedrático de la Escuela de Madrid, a quien le fue confiada la enseñanza de la materia referida a bibliografía y moral veterinaria, que sería instaurada en el plan de 1847 auspiciado por Risueño (fallecido 6 meses antes) y Nicolás Casas, de impartición en el quinto año, y que por ello no se explicaba en las escuelas subalternas de Córdoba y Zaragoza.

Así pues, este libro fue utilizado por Llorente para explicar la asignatura, que desaparecería a su muerte. Representa, pues, el primer y único texto de historia de la veterinaria que se ha utilizado en la enseñanza oficial, en los sucesivos planes de estudio que contuvieron dicha materia<sup>87</sup>. Podemos, pues, considerar que se trata de un hito, dentro de la historia de la veterinaria, y perfectamente ubicado en su tiempo, en paralelo con las enseñanzas hermanas de medicina y farmacia.

A pesar de todo, el libro de Llorente adolece de un reducidísimo apartado referido a la historia de la veterinaria, y que él mismo denomina “Reseña de las principales épocas”, que despacha en pocas páginas algunos datos generales sobre historia de España, y todo muy rápidamente. Mucho más interés tiene la parte dedicada a la creación de las Escuelas de Veterinaria en Francia y hasta la de Madrid, si bien más documentada, también restringida.

La parte del león se la lleva el apartado referido a la bibliografía, que a pesar de seguir un orden muy similar a la obra de Bernardo Rodríguez, es obvio que ha localizado la mayoría de los libros de los que habla, y los ha leído, ya que describe sus partes y hace también valoraciones críticas sobre su contenido, por lo cual debe considerarse positivamente la obra de Llorente que, al menos en cuanto a la bibliografía, va más allá de lo que encontró antes de él.

Sin embargo, la aridez de su trabajo no cabe duda que no habría de motivar a muchos seguidores para la historia de la veterinaria, ya que se antoja especialmente duro tener que aprender el contenido de muchas obras antiguas sin establecer comparaciones, revelar la evolución de una profesión o siquiera ubicarlas como las necesarias mejoras para la actualidad de la profesión.

Tan sólo cuatro años más tarde, Gerónimo Darder y Feliu dirige, con los redactores de la revista “La Veterinaria Española”, como reza su título, la edición de la obra “Cirugía veterinaria” en 1860<sup>88</sup>, en cuatro tomos, el primero de los cuales contiene un denominado “Bosquejo histórico sobre la cirugía” dividido en dos apartados, sobre la

---

<sup>86</sup> Llorente, R. Compendio de la bibliografía de la Veterinaria Española, con algunas noticias históricas de esta ciencia en nuestra patria, y con las reglas de moral a que debe el veterinario ajustar su conducta facultativa. Ángel Calleja Editor, Madrid, 1856.

<sup>87</sup> Vives, M.A. La enseñanza de la historia de la veterinaria como disciplina académica. Discurso de ingreso. Real Academia de Ciencias Veterinarias. Madrid, 1996.

<sup>88</sup> Op. cit. 30, p. 99.

cirugía humana el primero y sobre la cirugía veterinaria el segundo<sup>89</sup>. Al inicio de este segundo apartado, Darder nos informa que ha tomado de forma casi íntegra (añadiendo algunas cuestiones referidas a España, tan sólo) esta descripción histórica de los “*Eléments de chirurgie vétérinaire*” de M. Gourdon, ya que no tiene noticia de ningún autor que haya recopilado los datos históricos que existen sobre cirugía veterinaria<sup>90</sup>.

Curiosamente, Darder es el primero que estima necesario comenzar un tratado, de cirugía en este caso, con la descripción histórica de la evolución de la misma a lo largo del tiempo. Sin embargo, Darder no justifica el por qué de esta decisión, que posteriormente iba a ser ampliamente utilizada.

En su historia, lamentablemente, se siguen las pautas ya conocidas; una primera parte dominada por los datos, tantas veces repetidos unos de otros, sobre griegos y romanos, y a partir del s. XVI, la relación bibliográfica de obras publicadas, con leves notas biográficas de sus autores, con comentarios que Darder se encarga de explicar que son diferentes a los del libro de Llorente, de donde ha tomado casi todas las noticias que presenta de la parte española<sup>91</sup>. Mención aparte resulta el denominado “tercer periodo” o época moderna, que abarca desde la fundación de las Escuelas Veterinarias hasta la actualidad, en el cual no hay datos fehacientes pero sí un entreguismo exagerado a la grandeza francesa, parejo al desmesurado ataque a la situación española, donde los mejores (Carlos Risueño) no son más que medianías.

Vemos, pues, que Darder se dedica a copiar de unos y otros (intertextualizar, se dice ahora eufemísticamente) sin aportar nada al panorama historiográfico. En ese sentido, que iniciase su obra con una historia de la cirugía es una novedad, pero sabemos que tampoco fue originalmente suya sino también copiada de Gourdon.

Llegamos ahora al año 1865 cuando se produce un hecho excepcional, fuera de la órbita propia de la veterinaria, pero que también la afecta. Es la publicación del diccionario de bibliografía agronómica de Braulio Antón Ramírez<sup>92</sup>. Éste es un libro profusamente estudiado a lo largo del tiempo, y también muy utilizado (y copiado) por diferentes autores.

Si bien Antón Ramírez escribe su obra con un interés exclusivamente bibliográfico, incluye también, de forma secundaria, notas biográficas de sus autores. En todo caso, se considera que el hecho de ordenar su libro por orden alfabético de títulos en lugar del orden cronológico seguido hasta entonces, es una forma de reacción contra el predominante modo de las biobibliografías que, como hemos visto, era lo más habitual en aquellas fechas<sup>93</sup>.

La obra de Antón Ramírez ha sido básica para muchos, y concretamente Palau<sup>94</sup>, afirma que Antón supuso un peldaño central a la hora de escribir su bibliografía hispánica de veterinaria y equitación anterior a 1900.

---

<sup>89</sup> Darder, G. *Cirugía veterinaria*. T. I. Imprenta de J. Viñas, Madrid, 1860. pp. 7-78.

<sup>90</sup> Op. cit. 89, p. 24.

<sup>91</sup> Op. cit. 89. Nota a pie de página nº 1 en p. 44.

<sup>92</sup> Antón, B. *Diccionario de Bibliografía Agronómica y de toda clase de escritos relacionados con la agricultura, seguido de un índice de autores y traductores con algunos apuntes biográficos*. Imprenta de M. Ribadeneyra, Madrid, 1865.

<sup>93</sup> Op. cit. 12, p. 243.

<sup>94</sup> Op. cit. 30.

Del mismo modo, un repertorio tradicional de obras de veterinaria como es el del Marqués de la Torrecilla, no aporta mejoras sobre la obra de Antón más de sesenta años después.

Por supuesto, hay que dejar constancia de que el interés principal de la obra es, como bien señala su autor, “servir de guía a agrónomos, labradores, ganaderos y a cuantos se dediquen al estudio o ejercicio del cultivo en general; cría, educación, multiplicación y mejora de los ganados....”<sup>95</sup>, por lo cual no debe considerarse una obra veterinaria.

Tiene además un índice de autores y traductores, con cien páginas dedicadas a dar noticias biobibliográficas de escritores agrarios, y finaliza con un índice de materias, lo que permite encontrar rápidamente cualquier referencia, acerca de 2.375 escritos (de ellos, 285 manuscritos), algunos de ellos artículos en revistas. En su obra están incluidos nuestros principales autores si bien, en nuestra opinión, las notas biográficas están extraídas de obras como la de Bernardo Rodríguez, o simplemente de los datos que ofrece la portada. También conocía (y utilizaba) la obra ya reseñada de Llorente<sup>96</sup>, que refiere en el apartado dedicado a Martín Arredondo, por ejemplo.

En resumidas cuentas, la obra de Antón Ramírez entronca directamente con la de Bernardo Rodríguez en el siglo anterior, y sólo será superada por el repertorio de Palau, casi un siglo después, representando la culminación de la biobibliografía en nuestra área de interés.

Un año más tarde encontramos una grata sorpresa, cual es la obra de Pedro Martínez de Anguiano, catedrático de la Escuela de Zaragoza, que elabora una interesante monografía histórica sobre la circulación de la sangre en el hombre y los animales<sup>97</sup>. El motivo que animó a Martínez de Anguiano a emprender esta obra se basa fundamentalmente en que “la historia de la circulación de la sangre está por hacer...”<sup>98</sup>. Del mismo modo, y aunque no lo aclara explícitamente, tanto albéitares como veterinarios hispanos siempre habíamos reivindicado la supremacía de Francisco de la Reina sobre William Harvey a la hora de describir con detalle la circulación de la sangre, hecho que hasta Feijóo relata en sus obras. Para despejar la incógnita, hacía falta estudiar el tema en profundidad.

Buena prueba del espíritu del autor queda expresada en el prólogo, donde dice textualmente: “La historia científica es la cronología del espíritu humano”. O cosas como: “Una página de historia no es lo mismo que de bibliografía. El bibliógrafo debe citarlo todo, el historiador no debe citar más que los nombres que marcan una idea; más nosotros para hacer más amena la lectura tomaremos de cada cosa un poco, esto es, aquello que más interese a nuestro objeto”<sup>99</sup>.

Como vemos, no es más que el espíritu indicado al comienzo de este trabajo, referido a la historia como narración, pero escrito en 1866 por un veterinario.

Ésta es una obra notable para su tiempo por varias razones, ya que aúna el rigor en la recogida de la información, el hábil manejo de las fuentes históricas, el aporte de la bibliografía conocida (por ejemplo, de Miguel Servet), y además recurre a los mejores

---

<sup>95</sup> Op. cit. 92, p. XXIV.

<sup>96</sup> Op. cit. 92, pp. 301-302.

<sup>97</sup> Martínez de Anguiano, P. Recopilación histórico-bibliográfica de la circulación de la sangre en el hombre y los animales. Imprenta de Agustín Peiró, Zaragoza, 1866.

<sup>98</sup> Op. cit. 97, p. VII.

<sup>99</sup> *Ibíd.*

exponentes de la historia de la medicina en su tiempo (Morejón, Kurt Spengler, Chinchilla, etc.) que maneja reiteradamente.

Solamente tiene el problema de la aproximación anacrónica a la época, ya que para él, los conocimientos anatómicos antiguos eran “muy escasos”, al juzgarlos con los conocimientos actuales. Pero en su descargo cabe decir que si aún hoy es un fallo muy extendido, especialmente entre los historiadores no profesionales, mucho más entonces cuando el más benévolo opinaba igual.

Pero, en todo caso, éste es un ejemplo (aunque en verdad único) de que cabían otras perspectivas y una cierta aproximación histórica a la ciencia veterinaria.

La siguiente obra de interés en la historiografía veterinaria es la obra de Juan Morcillo Olalla titulada “Bibliografía Veterinaria Española”<sup>100</sup>.

Se corresponde con el género de la biobibliografía, tantas veces ya comentado, e incluye las referencias bibliográficas de un mayor número de autores de los referidos por Llorente. Si bien utiliza su obra, estará mucho más apoyado en la obra de Antón Ramírez.

Así, Morcillo nos da referencias sobre obras que los anteriores autores no referenciaban, como por ejemplo: Juan Álvarez Salamiella, Juan Suárez de Peralta, etc., pero que sin embargo ya habían sido anotados por Antón Ramírez, debido a su fácil acceso a los fondos de la Biblioteca Nacional (fue Secretario General del Real Consejo de Agricultura).

Una vez más nos quedamos en la biobibliografía, y hacemos nuestras las palabras de Sanz Egaña<sup>101</sup>: “Para enterarme del pasado consulté las obras de Morcillo, de Llorente, de Casas... La lectura de estos libros me enseñó poca historia profesional; son todas obras de escasa extensión y muy deficiente documentación”.

Curiosamente, no es esa opinión tan radical la que Sanz Egaña transmite en el estudio biográfico que con ocasión del centenario del nacimiento de Morcillo realizó en 1928<sup>102</sup>. En este caso, cuando trata del Morcillo bibliógrafo, dice que tiene en gran aprecio esa obra, que aporta información, noticias y juicios sobre las obras profesionales. Indica también la ayuda que le prestó para tal fin el diccionario de Antón Ramírez, y que nota que “antes de escribir sobre un autor ha leído su obra y después la comenta con sobriedad y justicia”. Finaliza utilizando la aportación de Morcillo en el contexto cronológico por el cual, para el extranjero no había más repertorios bibliográficos especializados que los ya conocidos de Bernardo Rodríguez y Llorente Lázaro, por más que las noticias sobre autores anteriores al s. XIX fuesen deficientes, así como las referencias a manuscritos medievales. Todo ello haría que su obra fuese utilizada por tratadistas extranjeros de la historia de la veterinaria, como Moulé (Francia) o Ercolani (Italia)<sup>103</sup>.

Unos años más tarde, en 1893, Eugenio Fernández Isasmendi publica un librito referido a la historia de la veterinaria<sup>104</sup> que ya introduce la novedad de referirse especialmente a

---

<sup>100</sup> Morcillo, J. Bibliografía Veterinaria Española. Imprenta de Blas Bellver, Játiva, 1883.

<sup>101</sup> Op. cit. 29, vid. prólogo, p. 6.

<sup>102</sup> Sanz, C., Ruiz, C. Juan Morcillo Olalla (1828-1908). En: Cordero, C., Ruiz, C., Madariaga, B. Semblanzas Veterinarias II. Consejo General de Colegios Veterinarios, Madrid, 1978. pp. 49-84.

<sup>103</sup> Op. cit. 102, p. 70.

<sup>104</sup> Fernández, E. Antigüedad de la veterinaria e historia del periodismo de esta ciencia. Ed. Bailli-Bailliere e hijos, Madrid, 1893.

la historia del periodismo veterinario, en verdad una subespecialización de la historia de la veterinaria, pero tremendamente útil para desvelar las incógnitas históricas.

Fernández, en el prólogo de su obra<sup>105</sup>, expone claramente que su principal objetivo es “historiar con una crítica severa la veterinaria creada en 1793 con la erección de una Escuela en Madrid, para seguir los progresos y vicisitudes en ella, y del periodismo hasta nuestros días”. Y prosigue: “También daremos a conocer el paralelo que existe en la bibliografía veterinaria en 5 o 6 siglos y el progreso inusitado en 50 años a esta parte en la publicación de obras atribuido al periodismo”.

El trabajo de Fernández Isasmendi tiene más sombras que luces, por cuanto la parte referida a la compilación histórica es muy reducida, sin autores de referencia (sólo cita a M. Clerc) y llena de vaguedades, imprecisiones y trasuntos mitológicos. Fernández utiliza especialmente el aspecto legislativo de la profesión, que se había encargado de recopilar en una colección legislativa<sup>106</sup>, de la que saca buen provecho. Buena muestra de sus desatinos la constituyen asertos como<sup>107</sup>: “Martín Arredondo el Zamorano, como Reina...”, o como este otro<sup>108</sup>: “Nuestro objeto no es hacer una bibliografía, por lo que recomendamos la del Sr. Morcillo y Olalla para ampliar estos detalles”, que claramente se contradice con sus objetivos iniciales.

Sí tiene gran valor la parte dedicada a la prensa veterinaria, precisamente por ser relatada por un testigo de primera fila que presenta unas opiniones muy personales (que hemos puesto en cuarentena en otros trabajos nuestros anteriores), en ocasiones tendenciosas, especialmente cuando se trataba de atacar a algunos catedráticos de la Escuela de Madrid (en especial a Casas) pero que sirven, en todo caso, como un material muy valioso de contrastación.

Finalmente incluye un pequeño apartado referido a la producción bibliográfica de los últimos años, que hace en términos muy genéricos, sin proporcionar referencias concretas sino citando autores y obras, sin más.

En resumidas cuentas, más parece una obra para la glorificación de su autor (que nos cuenta sus gestas y batallas) y que accidentalmente nos sirve como material histórico, que un libro que alcance sus objetivos.

Durante los últimos años del s. XIX sigue sin haber una tradición historiográfica veterinaria suficiente en España, seguimos muy alejados de la producción historiográfica médica, pero curiosamente se le sigue concediendo un cierto valor a la enseñanza de la historia de la veterinaria, como queda puesto de manifiesto en la “Memoria que con motivo de las reformas proyectadas en Veterinaria, elevaron al Ministerio de Fomento los Catedráticos de la Escuela de Veterinaria de Madrid firmantes”<sup>109</sup>, firmada el 14 de septiembre de 1894 por Antero Viurrun, Santiago de la Villa, Epifanio Novalbos, Jesús Alcolea, Juan Antonio Coderque y Dalmacio García Izcara.

---

<sup>105</sup> Op. cit. 104, p. 7.

<sup>106</sup> Fernández, E. Colección legislativa de veterinaria civil, militar, ganadería, cría caballar, paradas y agricultura. Imprenta José Perales, Madrid, 1885.

<sup>107</sup> Op. cit. 104, p. 32.

<sup>108</sup> Op. cit. 104, p. 36. Nota a pie de página.

<sup>109</sup> Viurrun, A. et al. Documento interesante. La Veterinaria Española. 20 noviembre 1894, nº 1335, pp. 497-511.

En dicha memoria se pone de manifiesto la utilidad de la historia de la veterinaria por dos razones. En primer lugar, como dice el propio informe, “Comprende tres partes: en la primera se da una idea sucinta de las fases por las que ha pasado la Veterinaria en España y en el extranjero, especialmente en Francia, que es la nación modelo para el objeto,...”. Se trata de unas cuatro páginas que intentan resaltar el desarrollo histórico de la veterinaria, teniéndolo por incompleto por precisar de una mayor orientación hacia la policía sanitaria.

En segundo lugar, la petición incluye en 5º año una asignatura de Historia de la Veterinaria a cargo del catedrático de Higiene, Policía sanitaria e Inspección de carnes y pescados. Se trata de un plan de estudios muy similar al de 1871 (en vigor) y también parecido al de 1851. Además, se reiteran más adelante en la petición de mantener como obligatoria dicha asignatura. Lo que en nuestra opinión significa un interés cierto por la enseñanza de la Historia de la Veterinaria, no se corresponde con una producción escrita acorde con el interés manifestado, en cuyo caso podría pensarse que el mantenimiento de dicha asignatura no sería más que un intento de mantenerse en igualdad de condiciones con farmacia o medicina, y más por el prestigio que por la realidad de su utilización.

Buena prueba de que, de los firmantes, Santiago de la Villa tenía especial interés en la Historia de la Veterinaria, la encontramos precisamente en el discurso del mismo en la Real Academia de Medicina en 1901<sup>110</sup>, donde dictó una conferencia titulada<sup>111</sup> “La Veterinaria en los tiempos antiguos y modernos, e intervención que dicha ciencia ha tenido en los progresos de la Medicina humana y de la Higiene pública”. Del interés de este trabajo, además de la mayor o menor rigurosidad con que trata la historia de la veterinaria, dan buena cuenta las propias palabras de Sanz Egaña<sup>112</sup> “Estudiar la evolución y desarrollo de la Albeitería española fue siempre un tema atrayente; me estimularon más a ello las palabras que en memorable ocasión pronunciara D. Santiago de la Villa...”.

El trabajo de De la Villa constituye un altísimo exponente de historiografía veterinaria, perfectamente equiparable a cualquiera de los mejores trabajos de historiografía médica de su época.

En este caso, y ya desde el principio, maneja de forma adecuada las fuentes a su alcance, relatando las noticias históricas proporcionadas por investigadores franceses, ingleses y alemanes, y aportando las citas bibliográficas exactas para su obtención.

De igual modo incluye diferentes culturas, como indios, árabes, mesopotámicos, egipcios, etc. Prosigue con un apartado dedicado en exclusiva a los griegos, en el cual se apoya en la *Histoire de la Médecine Vétérinaire*, de Moulé, de la cual anota la referencia, y prosigue con un apartado grecorromano, en el cual parece que el autor se apoya en la lectura y estudio de obras clásicas, según sus anotaciones. En este sentido, resulta curioso que conozca la obra de Charles Daremberg<sup>113</sup> sobre Galeno, siendo tenido Daremberg en la actualidad por uno de los padres de la historiografía médica.

---

<sup>110</sup> De la Villa, S. Discurso leído en la solemne sesión inaugural del año de 1901 de la Real Academia de Medicina. Madrid, 1901.

<sup>111</sup> Op. cit. 110, p. 6.

<sup>112</sup> Op. cit. 29, p. 37.

<sup>113</sup> Op. cit. 110, p. 36. Vid. nota 4 al pie. Se refiere a la obra: Galeno, *oeuvres anatomiques, physiologiques et médicales*. París, 1854-1857.

El siguiente apartado, dedicado a la Edad Media, se encarga de presentar, por vez primera, una visión positiva de dicho periodo y de las aportaciones árabes a la cultura europea. Para ello revisa la traducción de Abu Zacaria que realizara José Antonio Banqueri, así como el de Abu Bekr en traducción al francés.

Continúa De la Villa con los datos tenidos de otros autores que cita, como Llorente, empleando la biobibliografía para poner de manifiesto la riqueza de textos de veterinaria con que contamos, refiriendo las ediciones conocidas y breves anotaciones críticas de las obras y de los autores.

El último apartado lo dedica cronológicamente al periodo transcurrido desde la creación de las Escuelas de Veterinaria, seguramente tomado de Moulé pero realmente bien expuesto por lo que se refiere a las escuelas francesas. En dicho apartado aprovecha para reivindicar la creación de una Facultad de Veterinaria<sup>114</sup>, íntimamente relacionada con las de Medicina y Farmacia, en lo que hoy denominaríamos “campus de ciencias de la salud”. Y además utiliza las loas de las escuelas francesas, en contraposición a las españolas de las que no dice prácticamente nada, citando tan sólo a algunos de los mejores profesores.

Para finalizar, cabe decir que el trabajo de De la Villa es excelente, sobre todo en su primera parte, y no tanto así en lo referido a las Escuelas de Veterinaria españolas, información de la que sin duda disponía el autor, ya que como hemos visto había escritos suficientes. Sin embargo, cabe pensar que De la Villa así lo quiso para su discurso.

Finalmente, y antes de pasar a considerar la egregia figura de D. Cesáreo Sanz Egaña, debemos dejar constancia de nuestra incapacidad para encontrar trabajos de historia de la veterinaria española hasta 1941, fecha de publicación de su “Historia de la Veterinaria Española”, además de otros escritos suyos.

No cabe duda que con un repertorio bibliográfico como el de Palau para el siglo XX (que, por cierto, ya va siendo hora de que nos pongamos a hacerlo), otro gallo nos hubiera cantado. Lamentablemente, lo reducido de nuestros fondos y el desconocimiento de lo publicado nos lleva a estos extremos que otros (o quizás nosotros más adelante) podrán solventar.

Llegados hasta este punto, por cuanto hemos podido ver ya en este trabajo, podemos decir que la obra de Sanz Egaña es excelsa, y no sólo para su tiempo, lo cual ya sería magnífico, sino incluso en la actualidad, más de sesenta años después de su publicación. No en vano resulta una satisfacción, casi una condecoración, el poder dejar constancia de que hemos “pillado” a Sanz Egaña en algún fallo, o hemos “mejorado” algo de Sanz Egaña.

Ciertamente, seguimos en muchos casos circulando a través de puertas que nos dejó abiertas Sanz Egaña, lo que deja perfectamente explícito en su prólogo<sup>115</sup> cuando dice que después de escribir su libro “... un poco desilusionado en cuanto a calidad porque queda mucho terreno ignorado, lleno de malezas y lagunas; hay trabajo para muchos estudiosos durante mucho tiempo”.

Sanz Egaña escribe sobre historia siguiendo las técnicas historiográficas más actuales de su época. No en vano cita y conoce a Paul Diepgen<sup>116</sup>, autor de una Historia de la

---

<sup>114</sup> Op. cit. 110, pp. 67-68.

<sup>115</sup> Op. cit. 29, p. 6.

<sup>116</sup> Op. cit. 29, p. 15.

Medicina publicada en español y director del Instituto de Historia de la Medicina de la Universidad de Berlín desde su fundación en 1929, y la figura más destacada de la escuela alemana de los años 30, de la que se alimentaron los historiadores de la medicina españoles.

De esta forma, Sanz trasciende la manera tradicional de hacer historiografía que ya hemos visto, para tomar la senda más actual en su época y aún en la nuestra. No en vano, escribe en el prólogo (verdadera declaración de intenciones)<sup>117</sup>: “He preferido siquiera de pasada, ordenar los acontecimientos de manera que no aparezcan como hechos aislados sin aparente justificación; he querido explicar los hechos señalados en cuanto ha sido posible, las personas, y recordar siempre el ambiente para hacer destacar los resultados”. Y continúa: “Recoger el hecho histórico y estudiarlo aisladamente, por muy documental que sea, tiene escaso valor para conocer la evolución de la estructura profesional”.

En general, Sanz Egaña trata de establecer los *cómo* y *por qué*, además de los *qué*. De esta forma encontramos las más de las veces hechos, situaciones sociales, españolas propiamente y además de nuestro entorno cultural, cuando ello es posible. Explicación y comprensión del hecho, y no únicamente reseña. Así consigue no sólo una narración continua cronológica, sino vertebrada social y culturalmente.

Además, Sanz Egaña concede un extraordinario valor a la hermenéutica (muy de moda en la escuela alemana de Dilthey), tratando de establecer la etimología de muchas palabras y el propio significado, en tanto que condiciona el resultado del trabajo historiográfico.

A lo largo de su obra vemos cómo su técnica historiográfica le hace manejar recopilaciones legislativas, expedientes personales, estudios económicos y cuanto material le puede ser útil para explicar la realidad social del veterinario en cada momento histórico, incluyendo la inmersión en archivos, trastiendas, viejas librerías, etc.; en definitiva, todo aquello que sus antecesores no habían hecho, remitiéndose únicamente a la captura del material fácilmente disponible.

Sólo de esta forma se puede entender la aproximación de Sanz Egaña a la explicación coherente de la estructura profesional de albéitares y veterinarios, imbricada en una determinada sociedad de un tiempo concreto. Lo que realizó fundamentalmente cruzando información obtenida de fuentes muy dispares.

Por todo ello se puede colegir fácilmente que la obra de Sanz Egaña es un dignísimo monumento que todavía sigue siendo no sólo válida, sino incluso un referente para todos los que nos acercamos a esta fascinante rama del conocimiento.

Honestamente, es difícil pergeñar un trabajo sobre historia de la veterinaria sin consultar antes la Historia de la Veterinaria Española de D. Cesáreo Sanz Egaña.

---

<sup>117</sup> Op. cit. 29, p. 6.